

Marcelo Pogolotti

# Mariano Brull nos Abandona

TAN sólo una semana después de Berta Arocena, Mariano Brull nos abandona. Los sucesos sensibles acostumbran sucederse a veces a una cadencia dramática, asumiendo con mudo lenguaje un significado de tragedia. La desaparición casi simultánea de estas dos figuras deja despo-

blado con ominoso énfasis nuestro mundo intelectual. Sin ellas, habrá perdido una de sus más gratas atracciones. Su presencia proporcionaba uno de los placeres anticipados por todos al concurrir a un acto cultural. El calor de este contacto personal se echará de menos en nuestro medio, enfriado por el descenso de la temperatura espiritual y deshumanizado por la carcoma de preocupaciones ruines y pedestres. No se trata del frívolo decorado mundano, sino de algo tan importante como el oxígeno en el empobrecido aire que se respira en la actualidad.

Las actividades diplomáticas imponían largas y frecuentes ausencias de Cuba a Mariano Brull. Pero cuando se hallaba entre nosotros nunca faltaba a una reunión literaria o artística. La asiduidad con que asistía a conferencias, exposiciones y conciertos atestigua la hondura de sus apetencias espirituales al par que el fervoroso interés que le suscitaban las manifestaciones del talento cubano. Su sentimiento patriótico se expresaba en el entusiasmo por la labor creadora. La obra de sus compatriotas para él contaba tanto como la suya propia. Durante el último año de su vida, mientras se lo permitía la cruel enfermedad que lo derribó, era visita co-



tidiana de la Galería Cubana, donde animaba a los artistas, interesándose en su labor y departiendo con ellos sobre arte, atento siempre a la eclosión de nuevos valores.

Como diplomático sirvió bien a Cuba, pero al mismo tiempo la representó dignamente como intelectual. La distinción de los enviados diplomáticos resulta de suma importancia para las pequeñas naciones que carecen de las ventajas de las grandes potencias. De allí el acierto de los primeros lustros de la República en mantener aito el prestigio de su servicio exterior, haciéndose representar por algunos de sus más destacados valores culturales, mientras que en el último cuarto de siglo los cargos han sido confiados con harta frecuencia a individuos de primaria y hasta feroz catadura. Paul Claudel ha contribuido a dar más lustre a los asuntos extranjeros franceses que el conjunto de los funcionarios exteriores de ese ministerio.

Pero la carrera diplomática, de tan seductoras atracciones para los jóvenes escritores, trueca subrepticamente las ventajas iniciales en un exilio que desarraiga y esteriliza. Cuando la pluma del protocolo no logre absorber la de los versos, como en el caso que ocupa estos momentos luctuosos, el destierro condena al olvido. Así, pocos de sus compatriotas saben que Mariano Brull era uno de los más altos poetas de la segunda jornada de nuestra era republicana, acaso el más cimero entre los que reaccionaron contra el modernismo. Bien es verdad que él se preocupó muy poco de su renombre en el público grueso, prefiriendo contraerse a las minorías accesibles a su mensaje. Las percusiones del bombo destrozarian las finas tonalidades de sus versos, lo que no exime de la obli-

gación de reconocerle el lugar de primera fila que le corresponde entre las figuras de nuestro Parnaso.

La poesía de Mariano Brull es limpia, fresca y plena como la mejilla rosada de una serrana —o de un niño—, sin afeites ni disfraces de linda pastora o de princesa desvada. Pero tampoco es popular ni infantil. No pretende ser el reflejo objetivo de las cosas sino revelar lo que las cosas dicen en el rumoroso interior del poeta. En la redondez de sus versos se circunscriben los ecos de los pliegues del pétalo de la rosa, del temblor de la hoja estremecida por invisibles corrientes y de los matices fugaces del aire húmedo. Mas, no se trata de balbuceos desarticulados. La poesía de Brull a la vez trabajada y fresca, es cristalización de esencias. La calificación de sería aun en la gozosa elaboración de sugestivos juegos por su entereza si este término plumizo no resultase excesivamente lerdo sobre los hombros de la Musa. También pesaría demasiado la frase "desnudez clásica". Precisamente, Brull rehuye la pedantería y titulaba sus libros, *Poemas en menguante*, *Sólo de Rosas o Nada más que...* "¿Quién —saltando sobre el escalón de la N— lo ha visto caer en el seno imperturbable de la nada por el hueco de la O estrictamente circuncisa?". Así, sin quererlo, deriva hacia la metafísica. Pero los rumores despiertan el pensamiento; y Brull deviene, como su maestro Valéry, poeta de ideas, vislumbrando al través del cristal de la forma la anhelada pureza plena de los matices del sentimiento. Al abandonarnos después de tanto viajar, para emprender su último viaje, hacemos votos por que el poeta encuentre en las alturas celestes la pulcra serenidad de sus poemas.

M. Junio 12/56



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA